

# ¡Judy Moody es doctora!



Megan McDonald

Ilustrado por Peter H. Reynolds

¡Descubre con Judy Moody cuántos huesos hay en el cuerpo, cómo se hace una operación de verdad y qué puede llegar a pasar cuando tus amigos intentan clonar una mascota!

¡Por fin Judy Moody tendrá la oportunidad de ser doctora! El señor Todd ha propuesto hacer un trabajo sobre el cuerpo humano, así que Judy pone su cabeza a funcionar. Para que se inspiren, el profesor los lleva a visitar la sección de Urgencias del hospital, donde Judy y su clase podrán verlo todo por dentro, escuchar su propio corazón y hasta observar un cerebro por rayos X. Las cosas parecen ir genial, hasta que un experimento de clonación pone a Judy en una situación delicada ¿Podrá sucederle aún algo más a Judy?

Para mi editora Mary Lee Donovan, que me apoya y  
anima en los días negros, los múltiples aplazamientos,  
los desmoramientos y otros megadesastres

Megan McDonald

Para Maribeth Bush, cuyo espíritu positivo inspira a  
tantos

Peter H. Reynolds

## Quién es Quién

### **Judy**

Primera niña doctora.

### **Papá**



Padre de Judy Cara Huevo.

### **Mamá**



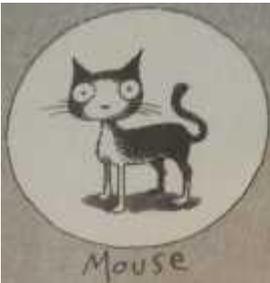
Enfermera permanente.

**Stink**



Donante de órganos.

**Mouse**



Buen crítico.

**Ranita**



¿Cobaya?

**Rocky**



Nuevo mejor des-amigo de Judy.

**Sr. Todd**



Llamar en caso de urgencia lapicera.

**Frank**



Gen-io.

**Jessica**



Diagnóstico: microbios en la médula.

## Un día negro

¡*PLIP!* Judy Moody se despertó. *Tip, tip, tip*, golpeaba la lluvia en el tejado. *Blip, blip, blip*, sonaban las gotas contra la ventana. ¡Otra vez no! Llovía sin parar desde hacía siete días. ¡Qué rooollo!

Ella, Judy Moody, estaba ya harta de la lluvia. Le ponía enferma.

Metió la cabeza debajo de la almohada. ¡Ojalá se pusiera enferma de verdad, era genial! Te quedabas en casa, y tomabas gaseosa para desayunar y tostadas cortadas en tiras especiales para comer. Veías la tele en tu habitación. Te pasabas el día leyendo las novelas de misterio de Cherry Ames, la estudiante de enfermera, y tomando ricas pastillas *Cherry*, con sabor a cereza, para la tos. ¡Eh! ¡A lo mejor Cherry Ames se llamaba así por las pastillas!

El caso es que Judy buscó el viejo libro de Cherry Ames de su madre y se tomó una pastilla para la tos.

—¡Vamos, mueve el esqueleto! —dijo Stink llamando a su puerta.

—No puedo —protestó Judy—. Lluve un montón.

—¿Qué?

—Déjalo. Vete tú solo al colegio.

—¡Mamá, Judy no quiere ir a clase! —gritó Stink.

La madre entró en la habitación de Judy.

—Judy, cariño, ¿qué te pasa?

—Estoy enferma. De lluvia —le susurró a Mouse.

—¿Enferma? ¿De qué, qué te duele?

—En primer lugar la cabeza, por todo ese ruido que hace la lluvia.

—¿Tienes dolor de cabeza?

—Sí. Y me duele la garganta. Y tengo fiebre. Y el cuello tieso.

—Eso es por dormir con el diccionario debajo de la almohada... —intervino Stink—. Para sacar buena nota en el examen de ortografía.

—No es por eso.

—¡Sí es por eso!

—Mira, mira. Tengo la lengua toda roja —Judy le enseñó a Stink la lengua, teñida entera del color de las pastillas. La madre le puso a Judy la mano en la frente:

—No parece que tengas fiebre.

—¡Mentirosa! —protestó Stink.

—Vuelve dentro de cinco minutos, ya verás como para entonces tengo fiebre.

—Mentirosa, mentirosa, mentirosa —insistió Stink.

¡Si tuviera sarampión! O varicela. O... ¡PAPERAS! Las paperas te daban dolor de cabeza y de garganta. Las paperas te dejaban el cuello tieso. Las paperas te ponían mofletes de cara huevo, como Humpty Dumpty. Judy se colocó una pastilla en un lado de la boca e infló el moflete para tener cara de huevo.

—¡Paperas! —dijo la doctora Judy—. ¡Creo que tengo paperas! ¡De verdad!

—¡¿Paperas?! —repitió Stink—. Imposible. Te han puesto una vacuna contra eso. Nos la han puesto a los dos, ¿a que sí, mamá?

—Sí, Stink tiene razón.

—Pero a lo mejor no ha hecho efecto...

—Ummm, parece que alguien no quiere ir hoy al colegio —dijo la madre.

—¿Puedo? ¿Puedo quedarme en casa, mamá? Te prometo que voy a estar enferma. Todo el día.

—Vamos a ponerte el termómetro. —La madre lo sacó del estuche—. ¿Pelos de gato? ¿Qué hacen estos pelos en el termómetro?

—Judy anda siempre haciéndole sacar la lengua a Mouse para tomarle la temperatura —se chivó Stink.

La madre meneó la cabeza y fue a limpiar el termómetro. Luego volvió y se lo puso a Judy.

—Tienes 36,5°C. ¡Normal!

—¡Mentirosa, mentirosa! —exclamó Stink—. No estás enferma, eres una gran mentirosa.

—Menos mal que la temperatura es normal, ya que mi hermano no lo es.

—Más vale que os vistáis si no queréis llegar tarde a clase —advirtió la madre.

—Stink, eres una rata de cloaca. Stink la Rata de Cloaca. A partir de ahora te voy a llamar así.

—Pero tendrás que llamármelo en el colegio, porque no has logrado quedarte en casa.

Judy le sacó a Stink la lengua-sin-paperas-color-cereza.

Tenía el ánimo por los suelos y se había pillado un enfado de los buenos. Tenía un humor muy Moody de lunes sin paperas. ¡Ella, Judy Moody, se sentía igual de cara huevo que Humpty Dumpty! Humpty Dumpty sin fiebre, claro.

## Médulas y mandíbulas

Cuando Judy entró en clase (¡con siete minutos de retraso!) aquel lunes sin paperas, habían comenzado ya con el hueso. Mejor dicho, con los huesos... ¡Había huesos por todas partes!

El señor Todd había escrito en el tablón: «Nuestro fabuloso cuerpo de la cabeza a los pies». Al lado, había colgado un póster grande con los huesos humanos y sus larguísimos nombres científicos, y en la pizarra se veía un cartel con los de un roedor. Parecían los de Peanut, el cobaya mascota de Tercero. Y... ¡sentado a la mesa del señor Todd, sobre la silla del señor Todd y con el lápiz del señor Todd, había un esqueleto fosforescente!

¡La clase de Tercero se había convertido en un museo de huesos!

Los huesos no hacían *tip tip*. Los huesos no hacían ruido. Los huesos no eran aburridos. Los huesos estaban secos y callados y eran muy, pero que muy interesantes.

Para ser un lunes sin paperas, las cosas parecían estar mejorando.

—Siento haber llegado tarde —se disculpó Judy ante el señor Todd mientras le entregaba el justificante del retraso—. Casi tuve paperas.

—Pues me alegro de que estés bien y hayas podido venir. Vamos a empezar un nuevo trabajo sobre el cuerpo humano, de la cabeza a los pies.

—Vamos a saltar a la comba y a contar los latidos del corazón —dijo Jessica Finch.

—¡Y a jugar al Enredos para aprender los músculos! —añadió Rocky.

—Y a cantar una canción sobre los huesos —continuó Alison S.

—¡No me puedo creer que hayáis empezado el cuerpo humano sin mí! —exclamó Judy—. Una persona se puede perder muchas cosas en siete minutos.

—No te preocupes, en seguida te pones al corriente —respondió el profesor.

El señor Todd les enseñó una divertida canción que decía: «El hueso del pie conecta con el hueso del tobillo...», y les leyó un libro titulado *El hombre de los hielos*, la historia verídica e increíble de un cuerpo momificado hacía cinco mil años.

Luego apagaron la luz y utilizaron el esqueleto fosforescente, que se llamaba Bonita, para contar los huesos que tiene el cuerpo humano. ¡DOSCIENTOS SEIS!

—Vamos a aprender muchas palabras nuevas en esta unidad. Los nombres científicos de los huesos y de las partes del cuerpo se dicen en latín, así que os pueden sonar algo raros.

—¿Como *maxilar*? —preguntó Judy mirando al póster.

—*Maxilar* significa «mandíbula» —saltó Jessica.

Jessica Finch ya sabía deletrear *microbios* (curiosa palabra para referirse a los gérmenes, ¡como los piojos!) y *médula* (curiosa palabra relacionada con el cerebro).

—¿Sabes cómo se escribe *jaqueca*? —preguntó Judy.

Frank Pearl soltó una carcajada.

Más tarde el señor Todd les distribuyó pelotitas de vómitos de búho. Tenían que pincharlos con un lápiz para encontrar huesos en ellos. Huesos de roedor. Judy y Frank se quedaron mirando la bolita gris que les había tocado.

—¡Menuda suerte! ¡Figúrate, vómito de búho! —exclamó Frank.

—Pues es interesante. Puedes encontrar huesos de verdad. Cráneos, pelos... y cosas así.

—¿Pues por qué no lo pinchas tú? —sugirió Frank.

Judy utilizó su lápiz Gruñón. Encontraron una mandíbula, una costilla y un hueso que el señor Todd llamó *fémur*. Pegaron los huesos en un papel y, finalmente, dibujaron las piezas que faltaban para formar un esqueleto de roedor como el de la pizarra.

—¿Alguien puede decirme si hay otros huesos de roedor que se llamen igual que los nuestros? —preguntó el señor Todd.

Judy levantó la mano.

—*Tibia* —pronunció Jessica Finch en voz alta, sin respetar el turno.

—Muy bien.

—Eso es lo que iba a decir yo —se quejó Judy.

Jessica era una rata de cloaca (¡igual que Stink!) por no haber levantado la mano. Una roedora de cloaca.

—Ahora vamos a hablar del trabajo sobre el Cuerpo Humano —continuó el profesor—. Tenéis dos semanas para hacerlo. Podéis elegir los huesos, los músculos, las articulaciones, el cerebro...

—¿Y las uñas de los pies? —preguntó Brad.

—Todo lo que nos pueda enseñar algo sobre el Cuerpo Humano. Vamos a empezar por apuntar ideas en el cuaderno. Hagamos una «tormenta» de ideas, quiero ver que os exprimís bien el cerebro.

Judy tenía ya una verdadera tormenta en su cerebro.

Rocky quería hacer el trabajo sobre un cuerpo de hace tres mil años. ¡Momias!

—¿Sobre qué lo vas a hacer tú? —preguntó Judy a Frank.

—Sobre clonación. Voy a ser un científico de novela o un novelista científico. Alguien que hace clones, como en *Parque Jurásico*. En esa peli utilizaban una gota de sangre de mosquito para crear un dinosaurio. También lo hacen en la vida real: empiezan por una célula, como las de tu ADN, y con ella hacen otro TÚ completo.

—¡Mola! —exclamó Judy.

—Yo voy a escribir un diccionario —le dijo Jessica a Judy— con palabras del cuerpo humano, como *apéndice* y *rótula* (de donde viene la palabra «rodilla»).

Jessica Finch tenía *microbios* en la *médula* si pensaba reescribir el diccionario.

Judy volvió a mirar lo que había anotado. Mordió la goma de borrar. Se mordió las uñas. Se mordió el pelo. ¡Se le acababa de ocurrir una idea brillante! Partes del cuerpo de verdad. Llamaría a la abuela Lou para ver si le podía dar algo mejor que costras para enseñar en clase. ¡Esa sí que era una gran idea! Apuntó: «Llamar a la abuela Lou», para que no se le olvidara.

Gruñón, el lápiz de Judy recién afilado, seguía volando cuando el señor Todd dijo que ya estaba bien de exprimirse el cerebro por ese día.

—Bien. Me duele el cerebro —se alegró Frank.

—Voy a daros los papeles de autorización para una excursión.

¡Una excursión!

—¿A la Heladería Mimí? —preguntó Judy—. ¡Porfa, porfa, porfita con chocolate de marmita!

—El padre de Max y Kelsey, de la otra clase, trabaja en el hospital. Así que estamos invitados a ir con su clase a la sección de Urgencias del Hospital General del Condado. ¡Es una oportunidad! Allí aprenderemos mucho sobre el cuerpo humano, y podremos ver en acción a gente entregada a su trabajo.

¡URGENCIAS! ¡Eso era mejor que la Heladería Mimí! Judy Moody dejó caer su *mandíbula*, y también el lápiz Gruñón.

—Yo estuve allí cuando me rompí el dedo —explicó Frank mientras gesticulaba con el meñique torcido—. Hay un enfermero que se llama Ron.

—Yo fui cuando mi hermano se metió una pieza del Lego en la nariz —contó Brad.

—¿Podremos ver a los recién nacidas? —quiso saber Frank—. Están tan arrugados...

—Bien... me alegro de tener una clase tan entusiasta.

—¿Cuándo vamos? ¿Cuándo? ¿Cuándo? —preguntaron todos.

—El lunes que viene. Dentro de una semana. El doctor Nosier nos guiará en la visita.

—¡El doctor Nosé! —bromeó Rocky, y todos se partieron de risa.

Ella, Judy Moody, y todos los de Tercero iban a visitar la sección de Urgencias de un hospital. Con sangre y tripas auténticas, partes del cuerpo de verdad.

Judy se agachó a recoger su lápiz Gruñón. Se le había roto la punta.

—¿Puedo sacar punta al lápiz, profesor Todd? —preguntó.

—¿Recuerdas lo que dijimos sobre afilar el lápiz diez veces al día?

—Pero, señor Todd... Es una urgencia.

—¿Cómo?

—¡Una urgencia *lapicera*! ¡Se le acaba de romper la espina dorsal! —dijo Judy.